LA NOVELA PIC

1
232182



La verte e asiala — Oct
edesma

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

1

232182

47 | 1481546

Año III — Núm. 72

LA NOVELA PICARESCA

Esta publicación, como sus iguales en el extranjero, viene a dar todas las semanas el aspecto alegre y sano de la vida en tono regocijado y desenvuelto, pero dentro del más depurado estilo literario

LA SUERTE DE PASCUALA

(NOVELA)

(*Dibujos de Eros.*)

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

PUBLICACIONES
EDITORIAL FLERIDA
CALLE DE AYALA, 142.
MADRID

¡LECTORES!

Pedid todas las semanas la NOVELA PICARESCA. Todos los buenos vendedores deben tenerla; si no la veis expuesta, pedidla de todos modos, pues es obligación de ellos tenerla. Y si no os la quieren vender, id a otro puesto, hasta que la encontréis. ¡Ayudadnos contra el *boicot* que quieren hacernos varios puestos de periódicos de toda España!

R. 3207168

I

Pascuala marchaba a la ciudad. La noticia se extendió rápidamente. Iba a servir a la señora senadora, la hermosa viuda que hacía gruñir de lujuria a todos los hombres del pueblo, donde pasaba los veranos. Pascuala marchaba a la ciudad.

—Mándamela cuando quieras. En mi casa ha de estar bien, Anacleta. No ha de faltarle nada. Y muy mal he de verme para no colocártela como es debido. La chica es guapa, la más guapa de Valdetocino. No faltará un tonto que cargue con ella.

—Es que yo no me casaré nunca con un tonto. Ni con nadie más que con mi Colás.

—¡Tú qué sabes! Mándamela pronto, Anacleta, si no, esta chica se te pierde sin provecho alguno. Y sería lástima.

—Descuide usted, señora; detrás de ustedes ha de ir.

Trabajo costó a Pascuala salir de Valdetocino.

La noche antes de la marcha fué espléndida. Estrellas y todo había en el cielo.

—Mañana hay que madrugar, muchacha. ¡A dormir!

—¿No voy a la fuente a llenar la cántara?

—No. ¡Buena fuente estás tú hecha! Lo que tú quieres es ir a ver a ese pobretón de Colás. La cántara la llené yo esta tarde. ¡A descansar!

La tía Anacleta era inflexible. Pascuala lo sabía. Ni palabras ni caricias la sobornaban. Así, pues, bajó la cabeza y se marchó a su alcoba; pero no pudo conciliar el sueño. Cuando oyó roncar a su madre, saltó de la cama, vistióse a la ligera y salió de puntillas al corral. Sentóse debajo de un higuera, en una silla baja, inverosímil, la misma en que se sentaba todas las mañanas para peinar sus cabellos, que eran *oro de Dios*, según tía Anacleta.

En aquel momento, Pascuala se creía la mujer más desgraciada del mundo. ¡Adiós, baile de tamboril y de gaita! ¡Adiós, besos y apretujones de Colás! ¡Qué empeño el de su madre en sacarla de Valdetocino, donde era la reina, para llevarla a la corte, donde no pasaría nunca de ser una fregona! Malde-



cía a la señora senadora, que no le parecía muy señora, pues se había dejado sobar y más que sobar por Robustiano, el domador, el mozo más chulo del pueblo, donde hacía estragos con su pantalón ajustado de pana lisa, con su chaquetilla corta, con sus borceguíes rojos y fuertes, con su gorra de seda dando sombra a los ojos, con sus espuelas, cantando siempre en los talones, con su pañuelo blanco al cuello, con su faja fina y gris bien ceñida a la cintura, oprimiéndole los riñones, con su habano siempre entre los dientes, con su hablar obsceno y atrevido, con sus manazas, tan encallecidas como audaces...

—¡Es un pellejo la senadora esa! ¡Parece mentira que no lo vea mi madre!

Estas palabras las dijo en alta voz, y se confundieron con un silbido suave, mimoso...

—¡Es él!

En lo alto de la tapia apareció un hombre.

—¿Me esperabas?

—Sí. Baja con cuidado.

—No te apures. ¿Tu madre duerme?

—Como una marmota.

—Cuando hay querer, Pascuala, no hacen falta ni citas ni ná. Yo sabía que me esperabas y tú que yo vendría. ¿Verdá que sí? Anoche te esperé en el camino de la fuente.

—No me dejó salir mi madre.

—Me lo pensé, y por eso he venido, porque yo sé que me quieres mucho, como yo a tí.

—No te engañas, Colás.

—Y me dije: "Pascuala estará triste. He de ir a consolarla un poquillo. De seguro que me espera en el corral." Y así es.

El mozo hablaba en voz baja, apasionadamente, y con su brazo derecho rodeaba la cintura de su novia y la atraía hacia sí.

—Pascuala—continuó, vas a la ciudad. Allí hay muchos hombres más ricos, más guapos que yo. Cuando te vean tan hermosota, tan fresca como una flor de mayo, te dirán al oído cosas bonitas, cosas muy bonitas, que te sonarán muy bien. No les hagas caso. Todo lo que te digan será mentira. Si las crees, te perderás. Piensa que ningún hombre te quiere como yo, para que seas mía siempre, siempre. Los demás sólo te querrían un momento, para gozar de tí...

Pascuala oía en silencio las palabras de su novio, y sin darse cuenta, como fascinada por tanta sinceridad y tanto cariño, había ido aproximando sus labios a los de él hasta confundir los alientos.

—Yo no quiero, no he de querer a nadie más que a tí—murmuró con la voz velada.

—¿Es eso verdá?—suspiró el mozo, ciñéndola con un movimiento brusco.

—Te lo juro.

—No, me olvidarás. En cuanto alguno mejor trajeao que yo te diga algo...

—¡No y no!... Pero déjame. Me ahogas...

—Eso quisiera, ahogarte, para que nadie gozara de tu cuerpecito antes que yo...

Estalló un beso. Después, otro. Luego, otro.

—Mi madre... ¡Va a oirnos!...—gimió ella.

El, sin atenderla, siguió besuqueándola, recorriéndola el rostro con los labios carnosos, húmedos, encendidos, gruñéndola frases incoherentes, preñadas de lascivia.

Ella, sin fuerzas para resistir los ímpetus salvajes del mozo, cuyos ojazos negros relampagueaban ferozmente, le dejó hacer. Pronto notó que sus senos, henchidos y vírgenes, estaban al aire; que sus ropas, mal ceñidas, dejaban al descubierto sus carnes de nácar.

El mozo rugió brutalmente. La apretó contra su cuerpo como si fuera a estrangularla. Clavó sus dientes blancos y perfectos en uno de los pezones, que, erguido, le cosquilleaba el rostro.

La muchacha gritó ahogadamente. Siguieron jadeando, sin hablar palabra, restregándose las mejillas. El la arrastró a un rincón, en el que cayeron fundidos, suspirando vo-



luptuosamente, arrullándose, estremeciéndose de placer...

—¡Mía sólo!... ¡Mía sólo!...

—¡Tuya!... ¡Sólo tuya, y siempre así!...

—¡Siempre!... ¡Siempre!...

—¡Ahora ya puede despertarse tu madre!...

... ...

Cuando Colás saltaba las tapias cantaban todos los gallos del pueblo.

11

—¡Ya pareces una señorita! ¡A ver! ¡A ver! ¡Vuélvete! ¡Divinamente! ¡Ni tu madre te conocería! ¡Estás preciosa! ¡Cuántos van a enloquecer por tus pedazos!

Y la señora senadora se extasiaba contemplando a la moza, que reía bobamente y pensaba:

—¡Si me viera Colás!

En los ocho días que llevaba en la casa la había llenado con el nombre de su novio.

—Tienes que olvidar a ese palurdo. Tú has nacido para otra cosa.

—No puedo, doña Pura, no puedo. Le quiero con toda mi alma.

—¡No has de poder! ¡Déjate que empiecen a lloverte pretendientes! Vas a tenerlos así.

Y la senadora agrupaba los dedos de sus manos para indicar la multitud de adorado-

res que habían de acudir a ella en demanda de amor.

Doña Pura frisaba en los cuarenta, pero su opulenta belleza la restaba años. Una sana alegría ponía en su rostro encantos de juventud. Casada con un viejo celoso e impotente, se desquitaba en la viudez de los tormentos de su matrimonio con los amigos jóvenes de su difunto esposo, todos ellos alegres, que la visitaban con frecuencia.

El tintín de una espuela, el brillo de una mirada bastaban para encender llamas en la sangre de la hermosa viuda.

—Como tú en la mía—decía a Pascuala—, entré en casa del que después fué mi marido. Entré criada y salí señora. Bien es verdad que el viejo se puso chocho. Me perseguía de mala manera. A la cocina, a todas partes, iba detrás de mí. Una noche se metió en mi alcoba. Bueno, no quiero avergonzarte. Y eso que tú ya... A tu edad... ¡Estaba loco! ¡Se puso loco! Su mujer lo veía, pero hacía la vista gorda para que él, a su vez, no se mezclara en sus líos con el lacayo. Un lacayo... ¡hasta allí! Buen mozo, moreno, con unos ojos que asesinaban. Se llamaba Manolo. Me idolatraba. Y yo a él. Más de dos veces nos sorprendió el senador de mala manera. Lo echó de casa. No lo he vuelto a ver. Supongo que no te asustas de estas cosas. Tienes que ir acostumbrándote a ellas. La vida en las capitales es muy distinta de la de los pueblos. Bueno, el caso es que cuando enviudó, le faltó tiempo al viejo para casarse conmigo. Sufrí horrores. Tomaba de criados a los hombres más feos. Por cierto que un día, desesperada, por darle en la cabeza, se la pegué con uno de ellos, con el más horrible. Habíamos reñido a la hora de la comida. Salió de casa hecho una furia, derribando los muebles, golpeando las puertas. Se empeñaba en que olía a tabaco.

—¡Hueles a tabaco!—rugía—. Lo he notado al besarte.

—Pero, hombre, por Dios...

—¡Eres un pingo! Te voy a matar.

Me miraba terriblemente, rompía la loza, me pellizcaba.

—¿Sí?—me dije aquella tarde, después que hubo salido—. ¡A ver si a la noche, cuando vuelvas, te huelo a tabaco!

Llamé a mi lacayo, que acudió tembloroso.

—Siéntate aquí, Pedro, a mi lado.

El muchacho se sentó a buena distancia.

—Más cerca—le dije—, más cerca.

Se aproximó algo más.

—Más aún; que se roce tu silla con la mía.

—¿Así?—preguntó, entusiasmándose y obedeciendo exactamente.

—Así. Ahora, fuma.

—No tengo cigarros.

Me levanté. Fuí a mi alcoba. En la mesilla guardaba mi marido sus habanos. Cogí el que me pareció mejor. Volví al comedor. Y después de encenderle, ofrecí a Pedro el cigarro.

—¡Señora!...

—¡Fuma!...

—Es que...

—Fuma y calla.

Mientras fumaba, fuí enardeciéndole. Le conté mil historias de amor. Me insinué. Correspondió, ¡cómo no! Y cuando arrojó la punta del habano, le dije riendo:

—¡A dormir la siesta!

—¿Juntos?

—¡Juntos!

Y dormimos la siesta. Es decir, no dormimos nada. Yo menos. Pedro tenía los ojos pequeños, irritados, de ratón; la nariz, colorada y roma; los dientes, verdes, amarillos, de todos los colores; pero un hombre, todo un hombre. Como tal se portó.

Por la noche, mi marido volvió mansito, y me besó como acostumbraba.

—Y ahora—le dije—, ¿te huelo a tabaco?

—Dispénsame. Te quiero tanto, que a veces pierdo el seso, no sé lo que me digo. Ya sé que eres una santa. ¡Perdóname!

Desde entonces, en cuanto gruñía, me vengaba de él regalando a Pedro un habano. Así hay que hacer. Has de aprender mucho conmigo.

Con estas lecciones teóricas y otras prácticas que le dió la senadora, en breve hizo Pascuala progresos rapidísimos.

Al mes de haber salido de Valdetocino acariciaba picarescamente el bastón de un buen mozo—rubio y simpático—que visitaba a su señora. Y, por cierto, sin acordarse de Colás.



III

—¡Que no y que no!

—¡Que sí y que sí!

—¡Señorito Arsenio!...

El señorito Arsenio era el buen mozo rubio y simpático. Había ido detrás de Pascuala hasta la cocina para pedirla no sé qué favores que la muchacha se negaba a otorgarle.

—Tú niégate a todo—le había aconsejado doña Pura—, pero deja que hagan contigo lo que quieran, que nunca será nada malo ni desagradable.

Y la moza seguía el consejo al pie de la letra.

No besaba, pero se dejaba besar.

Lo que ahora pedía el buen mozo aquel era demasiado. Pedía lo que ninguna mujer da más que al que lo toma sin pedirlo.

—¡No y no!—repetía Pascuala.

—¡Sí y sí!—repetía él, echándose casi encima de ella y agitando el bastón para enardecer de este modo la sangre de la moza.

—¡Váyase!

—¡No! Tengo que hablar con Purita.

—Doña Pura no está. Ya se lo he dicho. ¡Váyase, que tengo que mondar patatas para la cena!

—¡A tí sí que te voy a mondar yo!...

Sonaron las siete en el reloj de la cocina, un reloj antiguo que parecía un ataud, pintado de amarillo, bajo cuya tapa de cristal se agitaba la péndola dorada...

—¡Qué tarde! ¡Y la señora sin venir!

—No se pierde.

—¡Quién sabe! Vaya usted al comedor. Espérela en el comedor...

Arsenio había arrinconado a la muchacha, que, sin fuerzas ya para resistir el ataque, iba cediendo, cediendo...

Cuando ya se disponía a cantar victoria, vibró un timbre.

—¡La señora! ¡Déjeme que vaya a abrir!

—¡Maldita sea!... ¡Bien podía haber tardado media hora más!...

Entró doña Pura.

—¿Qué es eso? ¿En la cocina? ¿Estabas ayudando a Pascuala? ¡Déjala! ¡Vamos al comedor!

Arsenio siguió a la viuda.

Pascuala quedó sola, lamentando la llegada de su señora.

En el comedor había una puerta que comunicaba con el gabinete de Pura.

—Siéntate—dijo la viuda al simpático rubio.

Y penetró en su gabinete, dejando la puerta abierta para que el buen mozo pudiera ver cómo se desnudaba.

—¡Qué calor traigo!—exclamaba desde dentro la viuda.

—¡Más tengo yo!—contestaba Arsenio, contemplando ansiosamente el hermoso y semidesnudo cuerpo de Pura, que se reflejaba en un espejo.

—Vamos a ver, ¿qué estabas haciendo con la muchacha?

—Nada. Entretener el rato hasta que tú vinieras.

—¡Buen pez estás hecho! ¡Y yo que venía con tanta prisa, deseosa de darte lo que tantas veces me has pedido!

El hombre, al oir esto, se levantó y entró con decisión en el gabinete.

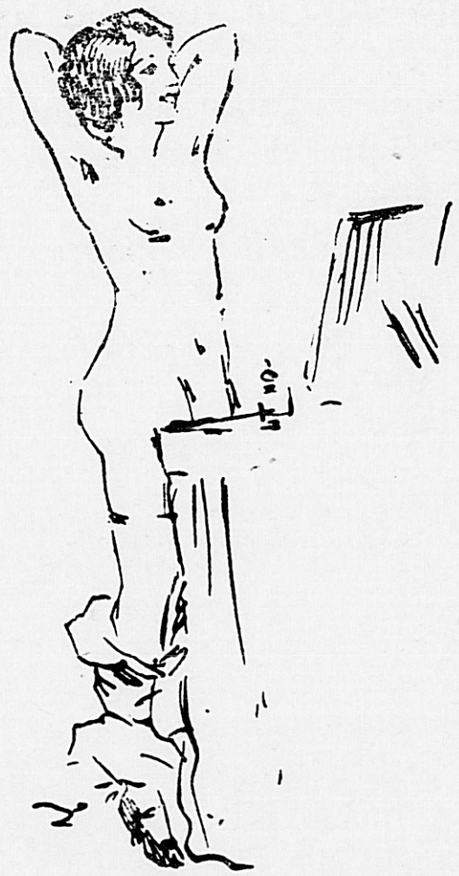
Purita lanzó un grito:

—¡Sal! ¡Vete!

Y al señalar con la mano la puerta, soltó las ropas que la cubrían a medias y mostró el

busto en toda su desnudez, un busto blanco y carnoso, del que sobresalían, redondos y henchidos, los dos senos, firmes y rosados.

—¡Divina! ¡Divina!—mugió Arsenio.



Y avanzó hacia ella, que se refugió en la alcoba precipitadamente.

—¡Márchate!—gritaba—. ¡Márchate!

Pero él no hizo caso. Entró detrás de ella, pisando fuertemente.

—Es inútil que grites. Las ocasiones hay que aprovecharlas.

La sujetó las manos por las muñecas y la llevó hasta el lecho. Las faldas de Pura habían resbalado a tierra con la huída y habían dejado a su dueña en enaguas, que se le ceñían en la amplitud de las caderas, de redondeces incitantes, divinas.

—¡Déjame!

—¡Nunca!

El lecho crujió al caer sobre él los dos cuerpos, ardientes, convulsos.

Las pupilas del buen mozo relampagueaban con furor. El bastón, que llevaba sujeto a la muñeca por una correilla, estorbaba el abrazo carnal. Arsenio se desembarazó de él como pudo y cayó sobre la opulencia espléndida de Pura, que, contra lo que él esperaba, lo abrazó con fuerza, como si quisiera estrangularlo, y le mordía rabiosamente los labios, las mejillas...

Las manos audaces del macho rasgaron la enagua blanca, fina, almidonada, para dejar al aire los muslos frescos, el vientre goloso...

—¿Qué haces, Arsenio?

—Desplumarte para comerte mejor.

Pascuala, sospechando algo, se asomó por la puertecilla de un falsete, y vió tales cosas, que tuvoenvidia, gran envidia de su ama.

IV

Robustiano, el domador, siempre que iba a la ciudad visitaba a doña Pura y se encerraba con ella largas horas.

Pascuala oía desde la cocina los besos estrepitosos que se daban.

—¡Habráse visto!—exclamaba—. Ellos, dale que dale, y yo aquí consumiéndome de ansias.

Y si veía en la ventana de su cuarto a Hermenegildo, un muchachote de quince años, peón del albañil, que estaba de huesped en casa de doña Leoncia, la del tercero, lo llamaba, para consolarse con él. El muchacho, que era moreno y ardiente, solía estar siempre al acecho, y en cuanto Pascuala le hacía la más ligera señal acudía más que de prisa.

Pero Hermenegildo, aunque desarrollado, no era un hombre. Y Pascuala aniquilaba al muchacho sin quedar ahita. De día en día se iba encendiendo en deseos de luchar amorosamente con Robustiano, cuyas espaldas, anchas, cuadradas, pregonaban unas energías de bestia.

Una mañana sonó el timbre de la puerta más temprano que nunca. Pascuala, que acababa de levantarse, fué a abrir.

—¡Ven!—dijo a Robustiano, que era el que llegaba—. Doña Pura duerme todavía.

Y lo condujo a su alcoba. El lecho estaba revuelto.

No era el domador hombre amilanado, ni necesitaba de muchos acicates para lanzarse sobre un manjar de su agrado. Comprendió en seguida los deseos de la moza y se dispuso a satisfacerlos plenamente.

Cuando Pascuala se vió oprimida entre los brazos del jayán, dió un grito de placer loco, penetrante.

—¡Calla, que nos oye!

El domador, congestionado, rugía, bramaba, temblando, retorciéndose, desahogando sus vigores machunos sobre el hermoso cuerpo de Pascuala.

—¡Más!... ¡Más!—gemía ella—. ¡Ni con Colás gocé tanto!

—¡Es que pocos como yo pa estas cosas! Que lo diga doña Pura. ¡Y tú ahora!

—¡Es verdad! ¡Ven todos los días y cuando ella no esté!

Cuando el entusiasmo era más grande, la puerta de la alcoba se abrió y apareció doña Pura en camisa.

—No creía yo—dijo—que adelantarías tanto en tan poco tiempo. Y como ya puedes manejártelas tú sola, vístete y vete. No te quiero más en mi casa. Todo lo hubiera perdonado. Esto, no. Robustiano es mi insustituible. ¡Vamos, buen mozo!

Y el buen mozo se fué con doña Pura, que le pagaba muy bien.

Y Pascuala, sentada al borde de la cama, pensativa, escuchó una vez más los besos de la viuda y del domador, mezclados ahora con carcajadas estrepitosas.

V

Entró a servir a un matrimonio joven. Y pronto se captó las simpatías del señorito, que hacía tanto caso de su mujer como de rezar la letanía lauretana.

—Pascualita—la decía cuando la encontraba en algún pasillo—, el domingo, en tal sitio.

Y Pascualita no dejaba de acudir a la cita.

Y mientras ellos se divertían en grande en algún reservado de postín, la señorita, fea, archifea, pero millonaria, leía novelas cursis detrás del balcón.

—Esto no puede seguir así—reflexionaba la doméstica—. La señorita va a enterarse. Voy a buscar otra casa.

Y cuando comunicó su resolución al señorito, el señorito se opuso terminantemente.

—¡No te vas! ¿Tendrías valor para dejarme solo, con esa birria de mujer al lado? ¡Pas-



cualita, por Dios, por la Corte celestial entera, de cabo a rabo, no me abandones!

Pero Pascuala era inflexible. Se fué. Dijo a la señorita que no podía aguantar más tiempo sus impertinencias, su mal carácter.

—¡Mal carácter! ¡Impertinencias!—respondió la infeliz—. ¡Si has estado siendo el ama!

—¡Es verdad!—asintió el señorito.

—Di que quieres marcharte. Nada más.

—Pues sí, quiero marcharme.

—¡Ingrata!—exclamó la señora.

—¡Más que ingrata!—añadió el señor—. ¡Con lo que la queríamos!

Con lágrimas en los ojos la dejaron marchar.

El señorito, con un pretexto, salió detrás de ella.

—¿Adonde vas?—la preguntó, dándole alcance.

—A mi pisito.

—¿A tu pisito?

—Sí; me lo pagan...

—¿Quién?...

—Uno que sabe dar buen aire al dinero.

—Algún viejo.

—Sí, un viejo es; pero no han de faltarme hombres de mi gusto.

—¡Acuérdate de mí! ¿Me dejarás que te visite?

—Siempre que quieras.

—¿Todos los días?

—No. Hay que complacer a muchos. Cada tres días.

—¡Cada tres días!

—¿Te parece poco? Esta es la dirección. Vete porque puede vernos el viejo, y no quiero empezar mal.

Le entregó una tarjetita que sacó del monedero.

—¡Qué pensado lo tenías!

—¡Y tanto! Para algo salí de Valdetocino.

Se despidieron y se separaron; ella, taconeando nerviosa, provocativa; él, tropezando por volverse para mirarla.

VI

La profecía de doña Pura se cumplió. Pascuala hizo suerte. Llegó a vivir con esplendidez... y con alegría. En ausencia del viejo pagano entraban en la casa muchos buenos mozos de excelente humor, que la daban generosa y abundantemente lo que el vejestorio no podía.

El predilecto de Pascuala era un mozalbete mecánico, de ojos negros, muy granujas.

—¡Que me tienes loca, chaval!—le gritaba ella, abrazándole, fundiéndole en su cuerpo.

Y él, que tenía alma de chulo, se dejaba poseer, con la esperanza del puñado de pesetas, que nunca faltaba.

Un día los sorprendió el vejete.

—¡Está bien!—exclamó—. ¡Está bien!

—Como tú comprendes—disculpó Pascuala—, a tí te falta algo que yo necesito. Y éste... tiene...

—¡Sí, sí, ya veo!... ¡Ya veo!...

Y el viejo miraba a la entrepierna del mecánico, que no acertaba a abotonarse.

—Yo...—balbuceó el muchacho.

—Tú—interrumpió el viejo—no volverás a poner los pies aquí sin exponerte a que yo te corte ese algo que da tanto gusto a Pascuala.

—¡Se verá!—dijo ella.

—¡Se verá!—repitió el chulillo.

El viejo se desahogó en improperios contra su querida, pero ésta, que ya tenía el riñón cubierto y aceptadas las proposiciones de otro anciano respetable por su caudal, lo despidió de mala manera.

Y continuó su vida feliz. Y al mecánico siguieron otros, entre ellos Colás, que había ido a servir al rey y encendía las entrañas de Pascuala con los colorines del uniforme y con los arrebatos de su sangre campesina.

A los cinco años de salir de Valdetocino, Pascuala arrastraba automóvil. Indudablemente, había llegado.

FIN

Imp. de la Viuda de A. G. Izquierdo. — Doctor Mata, 3.

Lea usted todas las semanas

"LOS BANDOLEROS"

donde irán apareciendo la verdadera historia de los más famosos bandidos, en cuadernos de 32 páginas, que cada uno contiene un episodio completo, artísticamente ilustrado.

15 CENTIMOS

EN TODA ESPAÑA

FOTOGRABADO "CALPE"

El taller mejor instalado de España

Esmerada confección de grabados,

DIRECTO COLOR y LINEA

Soliciten nuestras tarifas

Ríos Rosas, 24

MADRID

B.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

MAQUINA DE ESCRIBIR

UNDERWOOD

MODELOS MODERNOS



Alcalá, 39. - - MADRID

EN BARCELONA: Balmes, 7